

# Hijos del leviatán

Por Alderick Fremder

Frio. Humedad. Solead. Pocas palabras para describir la angustia de un pobre diablo. Maniatado, vendado, forzado a mantenerse de pie en medio de la nada, yacía el criminal que hace algunos días atrás fue un agente de la ley en penitencia, en penumbra.

La tranquilidad del vacío desapareció al auscultar la puerta abrirse. Aquel sonido se le antojo sardónico para con el; Algo tan insignificante transformado en objeto de horror descarnado. La cabeza le empezó a doler, las viseras se revolvían entro de el, como queriendo escapar i los dientes prensados con frenesí.

La mente le daba vueltas, mas no pudo mantener la calma, pues el sonido de unos pasos se le hacían eternos... lentos, pero seguros.

Podía sentirle. Aquel sujeto, su verdugo, emanaba una aura opresiva alrededor de la habitación, como el petricor que la lluvia deja a su paso, pero mas nauseabundo, sanguíneo, si se le puede llamar así. Quería gritar, llorar, lo que fuera que lo alejara de el, pero la mordaza en la boca solo le permitía gemir, incomodando al verdugo de sobre manera.

— ¡Puedes callarte de una maldita vez! — Bufo el verdugo, derramando ponzoña a través de su ronca voz. — Tu cosechaste la siembra, no yo.

El verdugo dejo al penitente por un momento, buscando el interruptor de encendido. Habiéndose hecha la luz, se acerco a una mesa que se localiza en el fondo de la habitación, tomando asiento. Cómodo, puso un maletín sobre la meza, dejándolo reposar mientras removía los objetos de su interior. Sin darse el tiempo de acomodad, tomo dos rollos de tela que había encontrado i comenzó a rodearlas con la tela.

Se concentro únicamente en vendarse bien, cuidando que no hubieran arrugas o dobleces en ellas, procurando mantener su imagen pulcra, una cuando tenia que manchar las manos un poco. Listo para trabajar, se levanto de donde reposaba i camino lentamente hacia el, como si el tiempo para el fuera moneda corriente. Le veía temblar, oía los gimoteos de el, podía sentir el terror de su alma manifestándose, pero todo ello no hizo nada por ablandar su corazón, mas bien todo lo contrario.

Estando cara a cara, el verdugo cruzo los brazos i contemplo al bastardo que tenia en frente: Era de complexión atlética, con un rostro torneado i barba, no tan poblada, pero si marcada. Su camisa esta percutida, con manchas agrisadas, ocres i carmines tirando a negro. La piernas las tenia flexionadas, un signo mui obvia de fatiga.

Aquel verdugo, calzando una cara estoica, suspiro cansado, rompiendo su abrazo. Ahora con los brazos libres, adopto una posición de combate, preparando el primer puño. Con las fuerzas acumuladas, arrojó su “lanza” en contra de él, perforando el aire de alrededor. El puño aterrizó en el torso, dando de lleno entre la parte baja de las costillas.

Una sensación punzante atravesó al individuo a velocidad de vértigo: Las piernas le fallaron, pero no logro hacerle caer de rodillas. La sensación de los órganos contrallándose dentro de él junto a la inercia del impacto hizo que sintiera los músculos contraerse, además de la sensación líquida que amenaza salir de su boca, solo para darse cuenta que sus pantalones se sentían húmedos. La humillación no se hizo esperar. Uno diría que es más doloroso ser humillado que ser aporreado, pero en su opinión, la humillación de haberse hecho encima solo potenció el dolor en general.

Esto no paso por alto de los ojos del inquisidor, quien se burlo con crueldad absoluta:

—Ohohohoho, el niño-se mojó— El verdugo parecía reírse, mas en un cerrar de ojos su riza se volvió en un gruñido irritado. Este lanzó otro golpe, esta vez, dirigido a la mandíbula, logrando hacer que esta tronara, mientras una cascada escarlata nacía de los labios de aquel hombre. El verdugo tomó del cuello al reo, apretando con fuerza, cortando su respiración. Los gimeos cesaron, solo para ver las pantomimas de pez que hacía el reo. —¡Ni se te ocurra cagarte encima, cabron. Si lo haces, voy a hacer que te trajes tu mierda! ¿Te quedo claro? — Finalizo.

El movió la cabeza con violencia, dando por entendida la orden. El verdugo le soltó i el reo comenzó a recuperar el aire perdido...cansado i adolorido por el martirio.

El verdugo trono sus nudillos, listo para seguir con la penitencia, pero antes que pudiera varearle a gusto, una voz gruesa, pero extrañamente dulce se hizo presente, dando por terminada la sesión.

—¿Casanegra, esta ahí?

El verdugo respondió, irritado.

—¿¡Que mierdas quieres de mi, Diásporo!?! — Se dirigió a él, maldiciéndole por interrumpir su trabajo. Atrás del portal se encontraba un gendarme uniformado, portando su capa alrededor de los hombros i el cuello. Era alto, pues, estaba un poco inclinado para poder ver a su compañero inquisidor, de rasgos angulares, pero bello i ciertamente delicado, emanaba una esencia marina de él.

El verdugo no se inmuto ante su molesta presencia i le inquirió sobre la razón de estar in-fortunándole.

—Ok idiota, dispara ya. — Dijo el verdugo al gendarme.

—Brevet Casanegra, ya termino nuestro turno. Tenemos que retirarnos. —  
Menciono el gendarme Diásporo con serenidad a su superior. Casanegra frunció el  
seño, observándole con dureza. — Entiendo, pero no es culpa mía que ya tengamos  
que irnos. Solo déjalo, no es como si fuera a escapar— Agrego suspirando.

El brevet volteo a ver al reo, quien seguía consiente. Comenzó a caminar hacia la  
mesa i metió los objetos sin cuidado, como si ya no importara. Avanzo hacia la  
salida, solo para ver a ese bastardo una ultima vez, antes de salir, desenfundo su  
arma reglamentaria i la tomo del cañón. Levanto la culatilla para después,  
golpearle la cabeza con ella.

Tan rápido fue que la cabeza de el termino colgada, sin responder a nada mas.  
Casanegra le paso los dedos por el cuello, asesorándose de no haberlo matado; al  
ver que seguía con pulso, guardo su arma i camino hacia la salida, ante la seria  
mirada de Diásporo...

—Dulces sueño~~s— Canturreo Casanegra antes de cerrar la puerta.

Habiendo salido del cuarto, los dos gendarmes avanzaron hacia la salida. Ninguno  
hablo, a pesar que Diásporo quería romper el hielo, sabia que no tenia que joder  
con una persona molesta, i menos con Casanegra. Las palabras querían salir de su  
boca, pero no encontró valor alguno para conversar. Antes que pudiera decir nada,  
Casanegra rompió el silencio i se dirigió a el.

—Esteban... No me siento de humor para nada, si es lo que te preocupa. —  
Menciono con agobio— Simplemente quiero ir a casa i olvidar que existo, por lo  
menos esta noche.

Esteban entendió, sabia que además de ser parte del cuerpo comun, el pertenecía a  
la “Cripteia” o la policía interna de la gendarmería, lo que hacia que la carga de  
trabaja de el fuera mas estresante que la propia. Lo había conocido hace uno o  
cuatro años desde que entro. Casanegra, mas bien, Isacar Casanegra, es alguien  
excepcional por decir menos; El brevet se gano su titulo a golpe de cantera,  
manteniendo la justicia i el orden tanto dentro como fuera de la corporación. Si  
había alguien en quien pudiera confiar ciegamente, sin dudas seria en el.

Si hay algo que denota a Isa, es la manera en la que soluciona las cosas: Con  
violencia premeditada i crueldad, la justa para no traicionarse a si mismo i al  
código que juro cumplir i ejercer. Nadie sano seria tan estúpido como para ponerse  
en el camino de el... o bueno, todo el mundo terminaba tropezando con el.

—Esteban, no has dicho una mierda desde que me llamaste para salir— La voz de  
Isacar interrumpió los pensamientos del chico— Se que puedo ser un poco  
emocional, ¿Pero cinco minutos callado? En serio, habla un poco, me empiezas a  
enervar...

Diásporo no pudo contener una risilla causada por el comentario de su superior. A pesar que el es alguien impulsivo o de “mecha corta”, le estima i lo tiene en consideración. El respondió con ligerez a su pregunta:

—No creía que quisiera oírme, señor. Se le veía aturdido.

Casanebra suspira.

—No importa, solo fue el calor del momento. — Declaro encogiéndose de brazos— Este trabajo no es fácil, i mas cuando la gente se esta pasando de idiota en estos últimos años. ¿Sabes? El problema con esto es que nosotros somos poseedores de un poder que se nos ha entregado voluntariamente. — Isacar aclaro la garganta i prosiguió con su discurso. — Las personas al vivir en conjunto, tienen que ponerse de acuerdo en como van a solucionar sus diferencias sin destruirse en el proceso...

—Lo se, es la teoría contractual de Locke, ¿me equivoco? —Interrumpió diásporo.

—Bueno, lo sabes. Vamos al plato fuerte: Estos años, hemos sido testigos de la radicalización de la sociedad. A otrora esto pasaría a ser algo curioso de ver, pero esto es real. Nosotros como portadores de poder, tenemos que mantenernos en nuestros principios, imperturbables e in-influenciables. Sin embargo, las corporaciones policiales o militares son propensas a tener agentes disruptivos, los cuales pueden matar nuestro sistema i convertirlo en una pesadilla...

—“Hobbiana” —Agrego Esteban

—Si. Por este motivo, es que mi grupo fue creado, para mantener a ralla a los miembros de la corporación, como un contrapeso. Darnos parte de ese poder puede corromper a algunos, pero muchos de los miembros de ese cuerpo, yo incluido, evitamos que la “bestia” se salga de control. Aun si implica tener que despojarnos de nuestra humanidad para comportarnos como...no se, la palabra monstruo es mui pequeña para describir mi propia imagen. Considérame como un domador de bestias o algo así.

Esteban se quedo en silencio después de oírle. Era cierto que últimamente las gentes están comportándose mas idiotas de lo habitual, pero esto no solo se limita a la población civil, sino también a la población policial. Sabia que la persona que esta siendo torturada por Isa no esta ahí por ser un gendarme ejemplar, pero aun así, sentía que era sobredimensionado el nivel de sadismo que su compañero infringía a los propios. Pero al final, tenia que aceptar que si no era así, esa clase de gente tendría “carta blanca” para hacer lo que ellos quisiesen, i realmente no se sentía preparado para siquiera imaginarlo.

Antes de poder darse cuenta, ya se encontraban fuera de corporación. Afuera se sentía frio, pero no gélido. Esteban quería preguntarle a Isacar si quería salir a beber o jugar algo en su casa, mas el destino parecía tenerles otra cosa planeada.

Los sonidos de pasos llamaron la atención del dúo, quienes vieron a uno de sus compañeros saliendo con prisa. Cuando lo vieron, el se dirigió a ellos dos:

—¡Gracias al cielo que los encontré! Tenemos un 139 en el primer banco de Lucerna.

Esteban volteo a ver a Isacar. Isacar le regreso la mirada.

—¿Qué dices?

El joven solo asintió.

Isacar se trono el cuello, caminando de nuevo dentro del recinto:

—Ok. ¿Nos quieren? ¡Nos tienen!

